

**Rafael
Pérez Llano**

Zinderneuf
y otras experiencias

Relatos



Rafael Pérez Llano

Zinderneuf y otras experiencias

Relatos

© 2009 Rafael Pérez Llano

ISBN: 978-84-617-1189-5

Zinderneuf

La primera vez que pregunté por Zinderneuf a un guía del desierto tuve la impresión de haber preguntado por el castillo del conde Westwest. Eso fue antes de la matanza de la jatropa. Yo también soy agrimensor. Es un oficio triste. “Lo del diamante es mentira”, me dijo aquel hombre, y tuve que escuchar varias veces la misma respuesta hasta que encontré al tuerto.

Cuando se indaga por estos parajes, hay que conocer las leyendas. Según ellas, los únicos guías que pueden conducir a alguien hasta el fuerte abandonado son tuertos, mancos o cojos, porque su incompletitud los exime de una prohibición cuyos motivos desconozco: ninguna tradición se hace explícita sin caer en la desnudez y el olvido.

El hombre cuyos servicios contraté llevaba por parche sobre el ojo derecho una prolongación del turbante blanco que le cubría la cabeza. No me dijo su nombre y yo no le dije el mío. Él a mí me llamaba “effendi” y yo nunca tuve que llamarlo.

Un soborno me permitió obtener un salvoconducto para viajar hasta un lugar que, por otra parte, no tenía valor estratégico desde la época colonial. Cuando, después de pagar, el funcionario me entregó un papel sellado, oí de nuevo la frase:

-Lo del diamante es mentira.

Salimos al amanecer, con cuatro camellos, dos para nosotros y dos para las provisiones.

El sueño de todo agrimensor sin vocación es viajar por el mar o el desierto, lo inconmensurable, los espacios donde todas las referencias son móviles y engañosas. Para llegar a Zinderneuf hay que atravesar un espacio donde la definición de desierto se acerca a lo absoluto. No hay rastro de oasis, las dunas son idénticas y continuas, no hay máculas en el cielo ni en la tierra, las huellas desaparecen en segundos, un rumor constante de viento y arena unifica todos los demás sonidos y

la luz anula cualquier matiz, cualquier sombra, cualquier diferencia o exclusión que pudiera establecer una esperanza más allá del exacto recorrido del sol desde el alba hasta el ocaso, tan iguales que parecen deberse al giro de un espejo en lugar de a la rotación del planeta.

Y de repente la fortificación aparece sobre un cono truncado de arena rojiza. Ahora sé que los guías se las arreglan siempre para llegar cuando el sol declina y el promontorio recibe ese tinte que parece advertir de su origen militar. Ahí están la torre, apenas un andamiaje de vigas y arcilla con una plataforma y un mástil en el que ya no hay bandera, y la muralla en la que los cadáveres hicieron de marionetas, casi asaltada por la arena, que ha inutilizado el portón.

Para entrar, hay que subir la pendiente, que se deshace después de cada paso (me volví, no vi ni una huella, sentí que no venía de ninguna parte), y fingir que se espía a los sitiados desde sus propias almenas.

Por supuesto, no había nadie. Pero no faltaba el misterio. Por algún fenómeno curioso, la brisa no conseguía hacer penetrar la arena en el patio y éste estaba como recién barrido, en estado de revista, como si aún pesara la disposición que castigaba cualquier negligencia con la orden de subir a la torre para otear al enemigo y exponerse a recibir un disparo desde las dunas. Los tiradores indígenas no fallaban nunca.

Recorrí las dependencias e imaginé los momentos previos al asalto. En el comedor, la larga mesa expresaba el hambre. En los barracones, las literas sin ropa parecían esqueletos.

Los calabozos tenían las puertas abiertas y las tablas que hacían de catres estaban llenas de inscripciones a punta de bayoneta: nombres, iniciales, corazones, siluetas desnudas y, sobre todo, fechas. También encontré en una pared el boceto de una ballena que lanzaba un chorro trazado como dos espirales opuestas.

Pero en el despacho del comandante los objetos callaban. Una sola silla, una mesa con un solo cajón. Lo abrí. Me sorprendió la suavidad con que se deslizaba. Estaba vacío. Una sola ventana con cuatro barrotes que daba al patio, en donde la noche se adueñaba de todo. Un clavo del que debía de haber colgado en tiempos un candil.

No me atreví a ocupar ninguna litera. Intenté dormir resguardado por la muralla, envuelto en mi saco, pero no pude pegar ojo. Sabía que lo del diamante era mentira, lo había sabido siempre, pero la negación no se me hacía aceptable, era demasiado unánime.

A la mañana siguiente, registramos todo palmo a palmo. No encontramos la joya, y tampoco hallamos ningún objeto que consideraran un hallazgo, con o sin valor material, algo que mostrar al regreso. Hice fotografías. Las he colgado en internet, pero no sirven de nada. Podrían ser de cualquier ruina.

Los guías saben que muchos hemos leído la novela de Percival Christopher Wren, que sabemos que no puede haber tal diamante. Pero también saben que todos queremos creer lo contrario. El problema de esa novela es que Zinderneuf existe.

A mi regreso, el jefe de la Agencia me dijo que tenía que medir en una provincia del sur unos cultivos de jatropha para biodiésel.

-Los indígenas afirman que hemos traspasado los límites acordados en la cesión de terrenos -me explicó-. Usted, por supuesto, demostrará lo contrario. Irá con una unidad del ejército.

Ahora veo arder la selva. Cuando se enfríen las cenizas, construiremos un fuerte y esperaremos.

La prueba de Turing y el muro de la simetría

-Esto es un poco...

-¿Penoso?

-Sí. Quizá sea esa la palabra... El caso es que me han encargado que determine si es usted una máquina.

-Es curioso. A mí me ocurre lo mismo. He recibido el mismo encargo.

-¿Me está diciendo que cree que yo soy una máquina?

-No. No he dicho eso. Y prefiero no creer nada. Detesto los apriorismos. De momento sólo cuento con los hechos. Usted está frente a mí en una órbita atípica. Las radios sintetizan nuestras voces de igual manera y yo tengo que decidir si usted es humano o no. En caso negativo, no puedo permitir que siga su camino.

-Ya veo. Esas afirmaciones son válidas para ambos, aunque no acepto que considere mi órbita extraña...

-En todo caso, deduzco de sus palabras anteriores que usted va a intentar convencerme de que es un ser humano y que se propone descubrir en mí una supuesta condición de máquina. Pero nada me obliga a aceptar como principio que es usted una inteligencia biológica. De hecho, su precipitación en afirmar que no lo es me resulta sospechosa.

-Nadie se precipita al manifestarse como lo que es.

-No estoy de acuerdo. Los humanos siempre estamos tratando de ocultarlo.

-Ese es un sofisma casi delator; parece propio de un ordenador barato. Sólo pregunté si usted pretendía afirmar que yo soy una inteligencia artificial. Digamos que me sorprendió que el objeto de mi estudio pretendiera estudiarme.

-Algo muy humano, esa sorpresa, ¿no le parece? Por no hablar del orgullo.

-Sí, claro, puesto que soy humano.

-Estereotípicamente humano, diría yo. Muy probablemente, una máscara para ocultar un robot, ya que todo disfraz suele estar hecho de lugares comunes.

-¿Sabe usted lo que son los koan?

-¿Es esa la pregunta sorpresa de su protocolo de prueba? Creo que es algo zen y algo absurdo a la vez. Preguntas sobre árboles que caen sin testigos y manos que aplauden.

-Cuando reparas en algo dejas de arrojarte al todo.

-Pero eso es de San Juan de la Cruz. Me parece que hemos estudiado en las mismas escuelas.

-O su programador y yo compartimos lecturas.

-No hay tal programador. Soy producto del esfuerzo. Lo que usted quizá considere una entidad imperfecta que pierde constantemente energía en forma de excrementos. ¿No lo dicen así las máquinas?

-Me parece que usted lo sabe mejor que yo. Pero, dígame, por favor, si está tan convencido de que yo no soy humano, ¿por qué no me destruye sin más? Creo que no lo hace porque presiente que puedo ser una máquina, es decir, un semejante suyo.

-El mismo razonamiento sirve a la inversa, ¿no cree? Pero, si concluye que soy una inteligencia artificial, ¿qué hará?

-Yo no hago nada, excepto informes. Usted no ha negado otras posibilidades más destructivas. Por otra parte, está usted fuera de mi alcance.

-¿Eso es un dato sobre la capacidad de sus misiles?

-No me refería a eso. Quiero decir que no soy yo quien toma las decisiones.

-Bien. Yo tampoco tomo las decisiones.

-Entonces, ¿por qué no consulta a sus superiores? Estamos en órbita de colisión y el tiempo comienza a apremiar. ¿O es que no teme usted por su vida?

-No me ponga trampas fáciles. No puedo comunicar: sus espías referenciarían la llamada y saldrían de dudas. Sabrían a ciencia cierta que soy humano y usted podría destruirme.

-De todos modos, vamos hacia la destrucción mutua asegurada.

-Sí. Uno de los dos deberá apartarse.

-Sabe que si somos máquinas no lo haremos a menos que estemos seguros, y en ese caso uniremos nuestras rutas. Si somos humanos, lo haremos al mismo tiempo, en cuanto los ordenadores de la nave adviertan del punto crítico de la colisión, y descartando la posibilidad de que seamos dos suicidas. Por último, si uno de los dos no es humano, ése será el que no se aparte, y entonces se habrá salido con la suya... A no ser, claro que el único humano sienta un gran desprecio por su propia vida, lo cual le puedo asegurar que no es mi caso.

-Ni el mío. Pero tampoco hay que desdeñar la intervención del azar.

-Tampoco.

-Y el último escalón sería que la máquina sintiera una sensación inexplicable, no programada, pero integrada en los circuitos por la experiencia y asociada a diferentes estados de sus interrupciones, que variaran a velocidad lumínica del frío al calor y se resumieran en una nueva percepción del vacío.

-¿El miedo?

-Sí. El miedo.

El desfiladero

Una vez emplazado el cañón en el lugar adecuado y ajustados el azimut y la deriva, el teniente, que disponía de pocos artilleros, mandó llamar a un soldado.

-Mira por aquí -ordenó-. ¿Ves dónde se cruzan las dos líneas, sobre el camino en la pared del desfiladero? ¿Sí? Bien. Por ahí va a pasar un camión enemigo con municiones. Te vas a quedar aquí y, en cuanto veas en el medio del aspa la cabina del camión, tiras de esta cuerda. ¿Entendido?

El soldado dijo que sí. El teniente le entregó el tiraflector. Después, a una señal del oficial, la columna avanzó hacia los bosques.

Por el visor del cañón, el soldado veía, recogido en un círculo, un paisaje de paredes rocosas con raras especies arbóreas encaramadas, dos torrentes que se vertían apenas deshelados hacia un abismo, dominio de marañas de matorrales de hojas rojizas, y, muy al fondo, unos prados verdes de otoño, vacas, las primeras casas de un pueblo, una iglesia, una torre de observación y una bandera enemiga que, de pronto, con una ondulación, como si el viento suave que soplaba fuera mágico o cinematográfico, se convirtió en un extraño pájaro.

Fue una coincidencia. El soldado miraba la bandera. Parpadeó tras contener el gesto más de lo habitual por aquello de la vigilancia y volvió a fijar la vista en el instante en que el pájaro cruzaba su campo visual, de modo que por un momento le pareció que del flameo del trapo multicolor surgía el ave.

Era un pájaro grande, de plumaje azul y plata, que sobrevoló la torre, hizo dos círculos perfectos alrededor del campanario de la iglesia, bajó en espiral hacia los prados, dibujó sobre ellos la rueda de una noria, se elevó hacia los riscos, los superó, alcanzó la altura de la única nube presente en el cielo, muy pequeña y blanca, se dejó acunar junto a ella por una corriente tranquila, descendió hacia el cristal de los torrentes, después hacia el camino... Y entonces el soldado vio

desaparecer tras unas peñas el camión de municiones, que había cruzado el paso sin novedad.

Al soldado nunca le había parecido el mundo tan silencioso. Permaneció allí un buen rato, con el cable inútil en la mano, nervioso, procurando no pensar en lo que no había hecho y buscando en vano al pájaro con la mirada; pero el animal había desaparecido, quizá hacia los bosques, y cuando el recluta comprendió que no era el suyo un regreso probable -quizá el ave era un invento del enemigo para distraer a los soldados- decidió hacer el disparo para no defraudar al teniente, por lo menos hasta que la guerra le mostrara la verdad.

Después del fragor y del humo, el camino quedó partido en dos. El soldado, sediento, se sentó en la yerba y abrió la cantimplora.

Ejercicio pirata

Por enésima vez, el capitán Queneau, después de coger un fruto al azar (sin mirar dentro) del barril de manzanas que montaba guardia junto al pañol de proa del Monceau, nos contó con todo detalle cómo un petimetre había molestado a un pasajero en la barcaza-ómnibus de La Tortuga. Poco después había visto al mismo tipo en el muelle Saint-Lazare haciéndose aconsejar por un superviviente de un naufragio sobre la posición ideal del botón del cuello de la levita.

Variaciones mercantiles

Arruinado el negocio familiar y forzado a ocultarme de los acreedores que rodeaban mi domicilio, permanecí durante varios días encerrado en la gran nave de embalaje que había sido la materialización de mi orgullo de empresario. Ahora era un desierto de paredes altas y ventanas como entradas de palomar que dibujaban triángulos de cielo sobre la penumbra. Las máquinas se las habían llevado los agentes del embargo, y el espacio, sometido a juicio, caería tarde o temprano bajo las piquetas. Pero, mientras tanto, era mi refugio.

La oficina de la nave, un cajón de aluminio y cristal, se alzaba sobre un tillado en el extremo opuesto al portón. Allí instalé un catre y un frigorífico y comencé a repasar en el ordenador las cuentas que me habían llevado a la quiebra.

Buscaba excusas, pero mis descuidos no cabían en la lógica de las hojas de cálculo, que no admitía funciones de estrés ni dilapidaciones en clubs de carretera. Al final, desistí de la inocencia. Era culpable: aceptar lo evidente, me dije hipócrita, también es una victoria.

El mismo día de la rendición encontré en el ordenador un juego, obsequio del suministrador informático, y aprendí a manejarlo. Era un juego muy ingenioso. Se trataba de dirigir un mundo, un país de valles rocosos sumidos en las tinieblas, con exiguos claros en los que unos seres muy bien definidos debían establecerse y proliferar construyendo fábricas, cuarteles, mercados, incluso laboratorios y bibliotecas, cultivando la tierra y organizando ejércitos para expandirse. Y yo tenía que dirigirlo todo. Además, por supuesto, había enemigos: bestias feroces que atacaban por sorpresa, mataban a mis súbditos y destrozaban los edificios, y gentes de otras naciones en construcción que me disputaban con saña los terrenos cultivables y las minas.

No soy mal estratega, a pesar de todo. Aguanté durante varios días, muchas horas cada día y cada noche, todas las presiones. Mientras me concentraba en aquella larga partida, pretendía no oír los ruidos del

exterior, a ratos la lluvia y a ratos los camiones que se llevaban de la explanada y del muelle de embarque las migajas de mi patrimonio, flejes oxidados, envases defectuosos, cartones disueltos en la calima ácida de los parajes industriales y toda la porquería que se puede encontrar en ese extrarradio gobernado en otro tiempo por perros vagabundos, ratas y drogadictos hasta que el nivel de toxicidad determinó su extinción. Sordo al sonido de mi despojo, me crecía en la lucha contra las bestias y los guerreros de los clanes del otro lado de los pantanos. Rechazaba los ataques, bombardeaba ciudades, asaltaba posiciones, ocupaba nuevas tierras tras sangrientas peleas y construía los edificios que fundamentan la civilización.

De pronto, no vi enemigos. Todo era mío. Pero algún oponente debía de quedar oculto entre las sombras; de lo contrario, el ordenador hubiera dado por concluida la partida. Algún miembro de otro clan acechaba entre las rocas o las brumas, que sólo se deshacían cuando las iluminaba la presencia de mis tropas.

Busqué en vano durante más de una hora. Cansado, hice una pausa. Por primera vez, el silencio que habitaba se me hizo inquietante. Agucé el oído. Nada: la misma paz hueca. Arriba, triángulos de atardecer.

Deseché los miedos (tanta soledad en tanto espacio...) y me concentré en la pantalla. Ordené a mis huestes recorrer todo el mapa.

Abajo, en otro mundo, el portón de la nave bostezó como un gigante.

Por fin, encontré lo que buscaba. Era un obrero acurrucado entre dos rocas, hambriento, exhausto junto a la entrada de una mina, como si todavía esperara encontrar el mineral que necesitaba su reino. Sin demora, uno de mis guerreros acabó con él de un golpe de cimitarra. El ordenador proclamó mi victoria con letras rojas.

Salí de la oficina. En medio de la nave (se iluminaban con linternas, como ladrones) saludé a los agentes de la demolición. No esperaban encontrarme allí. Uno de ellos me mostró la última orden judicial. Yo sonreí y les dije que debía de tratarse de un error o de una

broma, porque estaba seguro de haber vencido. Pero no me hicieron caso.

Luego, camino de la ciudad en la ambulancia, me dije que ya era tiempo de convertirme en otra persona

Confederación empresarial del futuro

-La parte estúpida de la humanidad retiene a la otra media. Así no se puede avanzar. El gobierno debe acabar con eso si quiere ser renovador.

-Pero ese 'rearme moral' de la 'izquierda sociológica'...

-También tendrán que ocuparse de eso. En todo caso, esta será la lucha de los listos contra los tontos. Ni lucha de clases ni tonterías semejantes. Ese es el motor de la historia: la lucha entre la inteligencia que crea riqueza y la estupidez que derrocha tiempo y energía. Los neocons de finales del siglo XX empezaron a poner el dedo en la llaga, pero no se atrevieron a quitarse del todo los complejos. Ya está bien. Hubo que pagar una parte del peaje del cambio climático, pero está claro que lo que no se pudo arreglar fue porque no llevaba arreglo y que el igualitarismo es una fantochada. Lo dicen hasta los filósofos progresistas. De acuerdo con la tolerancia, pero ¿por qué no íbamos a tener cúpulas de seguridad los que siempre tuvimos mejores casas? ¿Por qué no podemos respirar mejor aire los que siempre comimos mejor? ¿Tenemos que sufrir la delincuencia y la suciedad cuando es en la periferia donde se generan? A cada uno lo suyo. Y el siguiente paso será dejar de pagar el sistema público de limpieza. Nosotros limpiamos nuestros hogares y nuestro litoral. Que cada uno limpie el suyo: esa sería una buena campaña.

-De hecho, los pobres manchan más, ya que no contratan la recogida de su basura en los puntos ecológicos de alto standing.

En silencio

Los perros han dejado de ladrar.

Desde que cerraron la carretera, los ladridos eran el único sonido de la llanura. El barrio está muy apartado de la ciudad. En la planicie ocre sólo destacan las Tres Montañas de Mierda del vertedero (las llamamos, por orden de proximidad: la Primera, la Segunda y la Tercera) y la carrocería de una furgoneta que nadie quiso llevarse cuando desmantelaron el cementerio de automóviles. El parabrisas, inexplicablemente intacto, reflejaba la luna o el sol hasta que el polvo de la lluvia lo pintó de gris.

Los perros, hasta hace un par de días, creo, ladraban sin descanso al alba y al anochecer. Comenzaban bruscamente, contrapunteándose los agudos a los roncós, y no paraban hasta que la mañana estaba avanzada; entonces iban callando poco a poco, como si se fueran rindiendo. Nunca los veíamos, pero debían de ser varias decenas. Por la tarde, en cuanto empezaba a oscurecer, retomaban la actividad, y a veces se oían gruñidos y lamentos de pelea. Los ladridos parecían venir de todas partes a la vez. Eran perros de extrarradio, probablemente enfermos, seguro que hambrientos, quizá rabiosos. Debían de habitar las zanjas que rodean al muladar. Hablo en pasado, pero nada indica que no sigan ahí. No me gusta la idea de un perro silencioso. Un perro no es un gato.

Cuando aún llegaban camiones con basura, los conductores se divertían disparando contra los perros y los vagabundos. En realidad, vagabundos nunca hubo muchos. Sucumbían enseguida, incapaces de digerir lo vertido. La obsolescencia programada de los alimentos funcionó como una maquinaria ideal de limpieza étnica. Me refiero a la etnia de los pobres, claro. Después dejó de existir la carretera (todos tenemos la impresión de que la borraron como una raya a lápiz en un cuaderno) y dejaron de llegar los camiones.

Si miramos hacia donde debería estar el horizonte, todavía vemos luces en la línea de edificios de la ciudad, pero cada noche hay menos puntos blancos en las siluetas de los rascacielos y ya apenas se aprecia el resplandor que la cubría como una cúpula.

No me gusta la idea de una jauría de perros silenciosos. Aquí somos pocos y nadie va a venir a ayudarnos.

Los peces

El candidato a seguir siendo alcalde prometió peces luminosos para todos y ganó las elecciones.

Poco antes de que comenzara la estación de los mítines, una compañía californiana había puesto a la venta peces de colores que brillaban en la oscuridad. Habían mezclado sus genes con otros de medusas. Había peces rojos, verdes y amarillos. Eran pequeños y vivarachos. La Golden Gate Asterfish Corp., que poseía las patentes del producto, los vendía a trescientos euros el ejemplar, un precio muy elevado para la época. La promesa dio en el blanco (“target”, para el director de campaña) y el candidato ganó por mayoría absoluta.

Hubo cierto escepticismo, pero el alcalde aseguró que cumpliría su promesa. Entonces surgió el temor a la dilapidación del presupuesto, ya que no quedaba nada por privatizar, pero el recién elegido garantizó un gasto mínimo, incluso ridículo, si recordamos un parque temático con aceras rodantes de titanio que duró tres meses.

Los peces que repartió eran todos verdes, de un color algo sucio, de escaso brillo y del tamaño de aligotes (*Pagellus acarne*) maduros. Y procedían de Taiwán, pero esto lo sabía muy poca gente. Un conocido del alcalde, propietario de un club de alterne que el político nunca frecuentaba (esto hay que dejarlo claro, y también que jamás viajaba a Suiza, ni solo ni con su secretaria), se había servido de una empresa de importación de productos asiáticos en dificultades por el contenido ilegal de glutamato de la salsa de ostras para planificar un suministro del que todos habían salido beneficiados.

Los peces taiwaneses (de la Oolong Oisterfish Corp.) eran más aburridos que los americanos. No hacían gran cosa, salvo holgazanear en un nivel medio de los acuarios o peceras, como si no supieran si irse al fondo o subir a la superficie, y comer grandes cantidades de un compuesto nutritivo importado por el mismo empresario, que lo vendía a precio de oro.

La gente empezó pronto a preguntarse por qué demonios habían deseado tanto aquellos bichos. Y el siguiente paso fue comenzar a deshacerse de ellos mediante el sencillo procedimiento de tirarlos a la bahía.

Durante varios días, al amanecer o al atardecer, en las zonas más desoladas de los muelles, oscuras siluetas vertían a la mar el contenido de peceras y acuarios que transportaban en bolsas, carritos de la compra o cajas de cartón. Aunque todos estaban allí para lo mismo (los muelles ya no son lo que eran), se miraban de reojo y procuraban no acercarse los unos a los otros, como si entregar al océano un animal que nunca le perteneció fuera un acto obsceno.

Los peces no estaba habituados, pese a sus genes pelágicos, al medio salino. Perecían casi en el momento del chapuzón. Ni siquiera intentaban nadar. Enseguida adoptaban la posición de un barco escorado y se hundían como piedras.

Cuando todas las peceras de los hogares se habían convertido en jarrones para flores de plástico y los acuarios en terrarios de reptiles invasores, la bahía fosforescía con un tono bilioso del que todo el mundo hablaba, excepto la prensa local. A los biólogos que por un instante soñaron con la independencia de la ciencia se les recordó que los presupuestos para los proyectos que garantizaban su continuidad laboral se aprobaban por periodos fijos y breves.

Pero los procesos biológicos no se detuvieron por eso. La masa orgánica, después de pasar por varios matices de putridez, hedor y tonalidades siempre asociadas a lo viscoso y repugnante, se estabilizó en una película de textura sedosa (según dicen los pocos que se han atrevido a tocarla) cuyo reflejo, cambiante y seductor como el mar de Solaris, es visible desde los satélites orbitales. El olor también cambia, pero nunca es agradable.

Internet se ha llenado de grabaciones del fenómeno que causan furor entre los navegantes de todas las edades. El alcalde ha prometido, que, si gana las próximas elecciones, litigará para conseguir que todas las imágenes difundidas generen derechos de autoría para la ciudad, y

que usará los fondos obtenidos para eliminar el olor, que, además de molestar a los votantes, representa un muro para la afluencia masiva de turistas.

No sé quién le escribe los discursos, pero afirmar que somos la envidia de Mandelbrot me parece excesivo.

Los anfibios

Mi psicoanalista habló claro: -Está usted bajo la nefasta influencia de Howard Phillips Lovecraft -dijo abriendo mucho los ojos esféricos dotados de una rara autonomía y tensando con una sonrisa la tez aceitunada.

Nada más salir de la consulta, tropecé con el cartel:

¿ARRUGAS?
¿IMPERFECCIONES?
¿ENVEJECIMIENTO?
¡NO VIVA EN EL PASADO!

BioTrue® le ofrece la solución recién importada del futuro, un método revolucionario basado en los últimos avances de la genética.

Una semana de tratamiento en uno de nuestros centros spa de cualquiera de sus categorías (lux class, select class, imperial class) es suficiente para la implantación en su cuerpo de glándulas adaptadas de anfibios que garantizan⁽¹⁾ la permanente humedad, flexibilidad y juventud de su piel con sólo una aplicación diaria de nuestra Crema Activadora BioStarLive®⁽²⁾.

PRESUPUESTOS SIN COMPROMISO

¡ VISÍTENOS Y SE TRANSFORMARÁ !

HAY UN CENTRO BIOTRUE® CERCA DE USTED

Notas: 1.-Previo estudio de características. Porcentaje estimado de rechazo: 20%. Consecuencias del rechazo no documentadas. 2.-Aplicación mínima. Resultados óptimos: entre tres y seis aplicaciones diarias. Decremento progresivo del rendimiento por aumento de la tolerancia. Efectos secundarios (informe en trámite en la Organización Mundial de la Salud): exoftalmia, verdosidad cutánea, pruritos ansiosos.

Clásico negro

Solía fingirse fascinado por la ausencia de reflejos en el cenicero de alabastro negro que reinaba en el centro de la mesa como la pila de un baptisterio. Yo, como buen esbirro, llevaba años observándolo. Cada vez que me hacía llamar, comenzaba la ceremonia con unos segundos de silencio ante la pieza de piedra. Después, el jefe lanzaba un halago y a continuación enumeraba las instrucciones.

Aquella tarde, ya casi noche, era de perros: aullaba, tronaba, salpicaba, se hacía odiar.

-Eres el hombre más eficaz que tengo -dijo.

Ya conocía el discurso, y anticipé cada paso: me invitó a sentarme, se levantó, anduvo hasta el bar bola del mundo, desmanteló un hemisferio, volvió con dos copas llenas de lo de siempre, me entregó una, se sentó, echó un trago, encendió un cigarrillo de la caja de laca ocre, fumó, sacudió la ceniza en el objeto que antes parecía sagrado, se apoyó en el respaldo, abrió un cajón, sacó una Tanfoglio TA 95 .38 Super (nunca era la misma pero siempre era la misma, con el número de serie limado de la misma manera) y me la tendió asiéndola por el cañón para que la culata quedara en la palma de mi mano, lo cual era un gesto de máxima confianza.

Aquella tarde noté por primera vez un temblor en su pulso. También me pareció que tenía los ojos más hundidos.

Después de darme la pistola, como yo ya esperaba, repitió:

-Eres el más eficaz.

-¿De qué va esta vez? -pregunté.

-A las doce en punto estarás en las ruinas de las Atarazanas, en la tercera arcada, la única que queda completa. No te dejes ver. No tardará en aparecer un encapuchado. No sospecha nada. En cuanto se acerque, acábalo. Mejor que no le mires el rostro. Como siempre, cuanto menos sepas, mejor. Pero asegúrate de que no respira. Luego, ya sabes: saco sellado. Es pequeño. No será gran trabajo. Pero esta vez

es importante que no aparezca el cuerpo, así que te estará esperando una lancha en el límite del muelle. Aquí tienes las llaves. Quiero que lo lleves hasta la Isla Rota y lo entierres en el lugar que te indico en este plano. Guíate con esta brújula -y me dio las dos cosas.

-¿Eso es todo?

-No. Luego quiero que vayas al cajero automático de la calle Puerta de la Sierra, el de otras veces, y saques del escondite un estuche rojo de esos que se usan para los mapas. Pero tiene que ser a las doce y media en punto. Antes no estará, y después es peligroso. Lo coges y me lo traes. ¿Vale?

-Vale.

-Ahora sí. Eso es todo.

Dejé la copa. Guardé los instrumentos. Salí. En la antesala me crucé con dos colegas, gente del gremio, pero menos especial: ellos actuaban juntos.

-¿A qué viene tanto trabajo esta noche? -preguntó el más obtuso. El otro tenía la costumbre de limitarse a sonreír con cara de entenderlo todo.

-Lo vuestro se os dirá, supongo. Yo ya tengo lo mío.

En la calle, vi a los dos sicarios nórdicos recién contratados. Hacían tiempo fumando bajo la marquesina de un quiosco, a resguardo de la lluvia que tachaba las luces con rayas transversales. El jefe no soportaba que la gente acudiera a las citas antes de la hora. Lo llevaba aún peor que los retrasos, y los dos rubios debían de saberlo.

Repartí las cuatro horas que faltaban para las doce entre Margarita la Gorda (llamada así porque era todo lo contrario: toda fibra, succión y rabia), el restaurante vietnamita y los billares. Al billar siempre juego solo; no soporto perder. Mientras inventaba carambolas, se me ocurrió que algo se me ocultaba. Es terrible, la duda. La duda procede de la memoria; me hace recordar y, mientras busco, siempre encuentro lo que no quiero, como si existiera la conciencia.

Sin embargo, sin haber encontrado los motivos de la alarma, a las doce menos diez escondí el coche tras una montaña de basura

fosilizada en los límites del muelle, donde había tenido mi primer trabajo en los tiempos de los vertederos clandestinos, y me acerqué a las ruinas procurando no enfangarme demasiado los zapatos.

De los astillero medievales quedaban sobre todo recuerdos de columnas que habían sostenido la techumbre y algunos lienzos de piedra del canal por el que accedían o eran fletados los navíos. Hacía siglos que la mar no llegaba hasta allí y los muelles sólo servían para parar el barro los días de lluvia. Cuando se habló de recuperar el sitio como reclamo turístico, ajardinarlo y hacerlo accesible, el Ayuntamiento hizo instalar varias decenas de pequeños focos, de esos absurdos que disparan la luz hacia el cielo, pero el proyecto fue abandonado y las pedradas pronto volvieron la zona muy discreta. Quedaban algunas luces, dispersas, suficientes para que la oscuridad no fuera total, para que la lluvia reforzara su presencia y para que ojos como los míos se sintieran a gusto definiendo las siluetas.

Me aposté oculto por uno de los fustes de la arcada que, hacia la mitad del paraje, ruina lunar o gótica o de crónica marciana, seguía entera, pero escorada como si la techumbre desaparecida hubiera dejado un fantasma de plomo.

La pistola pesaba y daba calor. Iba a sacarla cuando me vino el recuerdo. “Mierda”, me dije. A veces, en algunos momentos tensos, las cosas revueltas se ordenan, como las partículas en esas teorías de lo probable y los gatos muertos.

Entonces vi al extraño. Era, en efecto, un hombre de poca estatura, delgado, encapuchado bajo una parka negra. Salió de detrás de un montón de piedras. Por un momento me pareció un viajero que acabara de encontrar un mar de niebla, casi como lo pintó aquel tipo de Greifswald. Estuve en Greifswald una vez y allí me abandonó una amante, cerca del monasterio, poco antes de un tiroteo, pero eso no viene a cuento.

El encapuchado anduvo en espiral, como un perro, hasta que se paró a orinar contra un montículo. Luego se sentó en una piedra de un cubo de sillería. No parecía impaciente.

Dejé quieta la pistola, retrocedí entre las sombras, volví al coche y me alejé.

Después de incumplir la primera parte de las instrucciones, decidí alterar el resto.

A las doce y cuarto llegué a la calle Puerta de la Sierra y me hice sombra entre los cubos de basura para vigilar el cajero. En eso soy un experto. Hasta los gatos me ignoran. A poco vi llegar el coche del Obtuso y el Otro, que aparcaron para emboscar la sucursal.

Salí, di un rodeo, me acerqué de manera que quedara claro que venía de la dirección opuesta al cajero automático e hice señas al Obtuso de que bajara la ventanilla.

-¿Qué haces aquí? -preguntó-. ¿Te ha mandado supervisarnos?

Yo fingí estar al tanto.

-Me ha llamado -dije-. Cambio de órdenes. Algo va mal.

-Es pronto -dijo el Obtuso-. Vendrá. Cosa de poco. Un tío solo, da igual quién sea. Comprobación: estuche rojo. ¿Sí? Ratatá y a volar. ¿No? Seguir esperando.

-Cambio -dije en su idioma para que lo comprendiera-. Que lo dejéis. Nada más. Es todo.

El Otro se animó a hablar:

-¿Y de la visita al burdel?

-¿Tiene sentido? -me la jugué.

Volvió a hablar el primero:

-No hay estuche, no hay nada que llevar, no hay burdel. Digo yo.

-Se nos debe un polvo gratis -apuntó el Otro-. Es parte del pago.

Entonces pensé qué, después de todo, no tenía motivos para no salvarles la vida:

-Le entendí que es mejor que no os acerquéis hoy. Mejor hablarlo con él mañana.

Se fueron algo enfadados. Yo quería comprobarlo todo. El burdel sólo podía ser uno. Estaba en la carretera, tenía las luces rosas y moradas en la muestra que resplandecía hasta muy lejos con palmeras, una coctelera y un corazón. Sí, un corazón rosa neón. Tenía también un

parking enorme. No me acuerdo bien, pero debía ser un día entre semana, quizá lunes, porque el aparcamiento estaba casi desierto, brillaba el cemento, y, cuando llegué con las luces apagadas, fue suficiente ver el coche de los rubios para saber que mi hipótesis era cierta.

El interior olía a ambientador de coche: ¿cuántas veces se habrá dicho eso de los burdeles de carretera? Quizá ninguna. Las putas hacían sudokus, el camarero se aburría, los nórdicos bebían en una mesa. Si no hubieran estado esperando al Obtuso y al Otro para matarlos, habrían estado arriba con las fulanas; pero yo no me había equivocado. Aunque no sabía lo que les había contado el jefe, me arriesgué y se creyeron lo de la contraorden.

-Ha habido un arreglo -dije.

Así que subieron con un par de hembras y un travesti.

El tiempo de servicio me había hecho precavido. Tenía una copia de la llave del despacho del jefe. El despacho estaba en el centro, entre bufetes e inmobiliarias, pero él vivía cerca de la playa, en una casita con visillos blancos y geranios y un jardín con una fuente y enanos pintados. La verdad es que algún día me gustaría tener una casa así. Quizá la busque. Ahora puedo comprarla.

Nunca lo hubiera hecho si no me hubiera traicionado. Sin embargo, me las había ingeniado para hacer un molde de la llave y para descubrir la combinación de la caja fuerte (escrita en un pedacito de papel pegado a la base del cenicero de alabastro) porque el peso de la experiencia me había enseñado que, en este oficio, tarde o temprano, la lealtad desaparece por imperativos ajenos a la voluntad del buen sicario.

Después de afanar todo el dinero, miré la estantería. Estaba detrás del sillón del escritorio y me sabía de memoria los títulos de los libros. Llevaba años viéndolos detrás del rostro enjuto del jefe mientras me daba instrucciones. Entre ellos estaba el libro de Diógenes Laercio.

Volví a la lluvia. Conduje lejos. Desde el aeropuerto, llamé al jefe.

-Yo también conozco la historia del tirano que quería desaparecer sin dejar una tumba que pudiera ser profanada. Tú me prestaste el libro. ¿No te acuerdas?

-Soy muy viejo -respondió-. Me falla la memoria.

-¿Crees que no hubiera mirado el rostro del tipo?

-Contaba con una barba postiza, tinte, lentillas y maquillaje. Y con tus prisas.

-Eres un cabrón.

-Lo sé. Y, cuando muera, estaré indefenso.

-Entonces no te importará.

-Pero me importa ahora.

Colgué. Se avecinaban argumentos dolorosos. No quería escucharlos.

Feng shui

El redactor de frases del día de la agenda había elegido para aquel miércoles una de Nietzsche que venía a decir que la invención del alma había supuesto la esclavitud del cuerpo, o algo así. Agendas de empresa, decían. Gruesa, encuadernada en piel negra con el logotipo rojo de Plásticos Clásic, tricolmnadas las páginas, y con las fechas y líneas en color salmón pálido.

Pero Rodríguez no prestó atención a la frase. En la columna del día siguiente, en el sector de las diez de la mañana, apuntó “presupuesto montacargas” y murmuró “se acabaron las quejas”.

La ventana daba a una calle de cemento sin aceras y llena de almacenes. Después de hacer la anotación, miró hacia afuera y se fijó en la pared de enfrente. En medio del lienzo recién blanqueado alguien había escrito con pintura de spray negra “rodríguez capuyo”. Estaba en letras minúsculas y con rápida caligrafía, como de un solo trazo, pero lo descifró enseguida y sintió una punzada de rabia: ese Rodríguez soy yo, seguro, dijo en voz alta. ¿Quién habrá sido el mamón y para qué pagamos la vigilancia nocturna del polígono? Por otra parte, ¿cuántos Rodríguez hay aquí? Encendió el ordenador y consultó el directorio. Joder, ninguno, qué raro.

Cayó el mediodía. Comió un sándwich con el jefe de personal. Estuvieron de acuerdo en no sospechar de los empleados. Acababan de subirles el sueldo, habían garantizado el nuevo montacargas, había buen ambiente, faltaba poco para Navidad. De todos modos, también convinieron en que nada de eso significaba nada, así que Rodríguez llamó al jefe de vigilancia y le pidió que consultara a sus hombres y a las cámaras, por si unos u otras habían visto algo y era posible un reconocimiento.

Cayó la tarde. Recogió a su mujer, que había comprado tres cuadros para el salón en un galería de arte y estaba de un humor excelente. Paisajes con plenilunios: justo lo que estaban buscando.

Cayó la noche. Tenían en el dormitorio una fuente feng shui. Soñó que buceaba, tuvo ganas de orinar, se despertó, fue al cuarto de baño. Va a haber que hacer algo con esa fuente, le dijo al inodoro. Al volverse hacia el lavabo, imaginó palabras escritas en el espejo. “Joder -murmuró-, joooooooooder”.

Su mujer medio despertó mientras él se vestía a toda prisa. “¿Qué pasa?”. “Tengo que salir; olvidé algo en el trabajo”. No entendió la respuesta de ella.

Condujo hasta la pared pintada. Los vigilantes no hicieron preguntas. Seguro que le habían visto en las grabaciones. “Rodríguez capuyo”. Es más fácil disimular la ortografía que la caligrafía. Pues claro que era su letra. Y hacía tiempo que sabía que su yo sonámbulo se sentía gilipollas.

De regreso, decidió que la culpa la tenían los chinos.

Salacot

Conocí a un tipo en Venus que usaba salacot. Se llamaba Gaspar Blanco. Fue uno de los encargados de organizar cuadrillas de trabajo en las primeras cúpulas de la terraformación, cuando todo estaba por hacer, el calor era insoportable y la gente sucumbía a la fatiga sacando mineral a mano porque, debido a un error de cálculo, las personas llegaron tres años antes que las máquinas. La producción no podía demorarse. Los cargueros esperaban. Ya saben cómo son esas cosas.

-Salacot es palabra bifronte -solía decir Blanco.

No había sistemas de ventilación. Se filtraban gases tóxicos por las juntas de los refugios. La gente se sentaba a esperar turno a las bocas de las minas. Poca comida, agua caliente, pocas distracciones y mucha desesperación. La ropa se caía a jirones, arañada por las galerías estrechas. Aquello que los empleados de la compañía, equipados con trajes de seguridad, llamábamos mineros en los informes triunfales a la Tierra eran hombres y mujeres medio desnudos que se pintaban los cuerpos con la pintura gris verdosa destinada a proteger las excavadoras. Alguien había descubierto que alimentaba y era cicatrizante. O eso creían. Gaspar Blanco se lo dijo para que estuvieran entretenidos y ellos lo aceptaron como tantas otras cosas, porque sabían que en la Tierra todo era aún peor. (Se preparaba la Otra Guerra. Después ha habido otras, pero los que vivimos aquella la seguimos llamando así). Pintados y abatidos, parecían reptiles. Por fin había reptiles en Venus.

Gaspar Blanco había sido educado en la depredación burocrática. Descendía de varias generaciones de jefes de avanzadillas. Yo me ocupaba de la intendencia, es decir, casi de la nada, y pasé muchas horas con él en su despacho, donde exhibía una fila de fotografías enmarcadas de sus antepasados, todos con idénticos sombreros de corcho forrados de tela color hueso. Estaban su tatarabuelo en Filipinas abanicado por una joven tagala, su bisabuelo en la Guinea Ecuatorial

degustando cerveza en un porche, su abuelo acodado en la borda de un barco en Zanzíbar, una mujer de ojos negros con un niño en brazos ante una rampa de lanzamiento (ambos con salacots, pero el del niño era de tiras de caña). Y sobre la mesa tenía una holografía de sí mismo vestido de explorador de selvas. En el Venus medio habitable no podía llevar polainas porque abundaban los charcos de ácido, pero conservaba el aspecto de un hombre designado con acierto para reglamentar la conquista de un lugar inhóspito. Sudaba, sonreía, acariciaba la culata de la pistola, miraba al exterior por la luna blindada, se aseguraba de que cada turno estaba en su agujero y se lamentaba de que el ventilador fuera tan lento.

Incluso, en momentos de tedio, parecía ir a iniciar el gesto de quien maneja un matamoscas, pero, por suerte, en Venus todavía no había moscas. Llegaron después, mutaron y acabaron con la mitad de los colonos, aunque eso no fue relevante porque para entonces ya estaban allí las máquinas. Después se perfeccionaron los reductos y las moscas fueron expulsadas. Sin embargo, misteriosamente, sobrevivieron. Y dicen que cada vez son más grandes. Debe de haber algún depósito orgánico que las alimenta. A veces se posan por millones en las cúpulas para observar a los humanos y quitan la poca luz que deja pasar el mar de nubes, pero eso es lo de menos. Gente como Blanco trajo su propia luz, y esa ha quedado dentro. Otros nos fuimos en cuanto pudimos pagarnos la huida.

Volví años después y fui a visitarlo. Yo había hecho algún dinero en el cinturón de Kuiper acarreando condritas a las esferas artificiales de Neptuno. Pero Gaspar Blanco se había hecho inmensamente rico, primero con las minas, luego vendiendo cubiertas para chozas, después monopolizando las casas prefabricadas y los burdeles y, por fin, cuando los conglomerados del subsuelo se definieron como auténticas ciudades, controlando el tráfico e instalación de aparatos refrigerantes, es decir, el negocio del frío, el más lucrativo en los planetas interiores.

Me recibió en su nuevo despacho, una de cuyas paredes era un acuario. Las fotografías tenían marcos nuevos, la holografía me

pareció más nítida. El sombrero colonial era la única prenda en una percha-árbol de caoba.

Recordamos las partidas de go, la falta de café, el mal olor de la explanada de las minas...

Cuando mi nave salió del astropuerto, las cúpulas me parecieron salacots entrometidos en el albedo del planeta.

El capitán embustero

Parece un monaguillo gigante, adoctrinado para ordenar las vinajeras, colocar el paño escrupulosamente sobre el cáliz, hacer sonar la campanilla exigiendo, sin necesidad, un silencio de catedral desierta. Durante la misa, robará el cepillo de las limosnas y le echará la culpa al monaguillo travieso, que no podrá defenderse porque el párroco ya ha establecido sus preferencias.

Y a sus órdenes tenemos que dar la vuelta al mundo.

Cuando tomó el mando, nos reunió a todos en cubierta y nos pidió perdón por atreverse a pensar que podría ser digno de dirigirnos. Los oficiales estábamos atareados en pavonearnos, pero ahora comprendo que debimos darle más importancia al escalofrío ondulatorio que recorrió las filas de la marinería ante la humildad exagerada de alguien que encaja perfectamente en el perfil establecido por la meritocracia, fundado, no en los servicios prestados, sino en la duración de los mismos. Fiel a su costumbre, el sistema burocrático hizo de la permanencia sinónimo de competencia. En los buques, sin embargo, el tiempo vale muy poco y cualquier variación del aire está llena de presagios.

Es torpe y vago. No acaba las frases ni las misiones. De hecho, nunca se le ha oído decir nada que no sea un camuflaje, y jamás se le ha conocido una iniciativa que no sea simple fachada. En cuanto un rumbo se hace difícil, lo cambia. Pero tiene una audacia inaudita (según algunos, de carácter patológico) que le permite presentar como ausencia de fracasos lo que es simple inactividad. Sin acciones, no hay errores: esa es una de las claves de su estrategia. Otra es la sumisión al almirantazgo. Incluso aunque éste no emita dictado alguno, el capitán hace peregrinas interpretaciones de lo que podrían ser sus deseos y busca siempre que sean otros los que realicen el trabajo para adjudicarles los fallos y atribuirse los aciertos.

La tercera clave es la mentira. Miente siempre. Miente de un modo compulsivo, agotador, musitando, ladeando la cabeza rubicunda, inclinando el corpachón reblandecido y dejando las frases inacabadas como si antes de terminarlas ya estuviera negando su autoría. Miente anulando con tedio toda posibilidad de verdad y haciendo estéril todo intento de réplica. Es imposible desmentirle porque le da igual la evidencia del engaño, porque esos embustes imprecisos necesitan muchas menos palabras que sus negaciones y porque, cuando alguien consigue desmontar uno, él, al día siguiente, lo repite, como si la verdad nunca hubiera salido de la envoltura viscosa en que la encierra.

Cuando alguien protesta, la maraña de mentiras elaboradas por él y distribuidas por sus apoyos (a los que ha ido fagocitando de uno en uno, en largos encuentros sin testigos, con pequeñas prebendas, hurgando en sus miserias, estimulando sus aburridas ambiciones) se encarga de diluir la crítica. Y si la disolución no es posible, ejerce la autoridad.

Lo más exasperante es que parece incapaz de comprender que las cosas pueden ser de otra manera.

Y a sus órdenes tenemos que explorar el Estrecho de Magallanes.

Mientras él dormía, tuve acceso a su diario. Está en blanco. Llevamos meses navegando, pero en el cuaderno sólo ha puesto su nombre, en la primera página, con letras que ha debido caligrafiar muy despacio. No se escribe nada a sí mismo, pero en cada puerto remite a las autoridades largas cartas que sospechamos repletas de patrañas y calumnias.

El navío se enmohece. Hace tiempo que los moluscos invaden el casco. Entre jirones de velas, las gaviotas cazan peces voladores sobre nuestras cabezas. En la cubierta se pudren tripas de pescado.

La marinería (lo sé) sueña a veces con Billy Budd y a veces con John Silver.

Exposición de Jan Klönsics en el Museo Municipal de Bellas Artes de Santander

(De nuestro corresponsal.)

Desde sus primeros trabajos con técnicas avanzadas de representación holográfica e incursiones n-dimensionales basadas en p-branas y supercuerdas, la obra del tharsiano Jan Klönsics ha venido evolucionando hasta afirmar sus raíces en el despojamiento de la fotografía bidimensional ("esa impostura maravillosamente real", define en el catálogo). Así, son claramente identificables sus reconocidas deudas con Paul Strand, Albert Stieglitz, Dorotea Lange y, por supuesto, el Atget descubierto cuando la distancia permitió comprenderlo.

La exposición que durante los próximos tres meses estará presente en el Museo de Bellas Artes de Santander (MBAS) es el resultado no sólo de cinco años de esfuerzo físico e intelectual, sino también de un empeño ejemplar para, después de arduas negociaciones, obtener los visados institucionales y los mecenazgos que le han permitido durante ese lustro desplazarse en naves superluminales por el universo y poder ofrecernos un centenar de imágenes que sorprenden por la viveza radical con que postulan el estatismo desde su génesis en un cosmos de movimientos excesivos.

La temática es variada. En una primera etapa, asistimos a una serie de amaneceres, apogeos, erupciones y tránsitos de diferentes magnitudes, de entre los que destacaría los contraluces de los géiseres de Encélado, en contraste con la pasividad de los anillos del planeta madre. Sigue una recopilación de estampas de naves espaciales que expresan la variedad de la navegación interestelar: toscos conos de un solo uso abandonados a la criba de meteoroides, naves-medusa que envuelven tripulantes gaseosos, veleros con aspecto de dientes de león que van soltando un lastre de vilanos.

Las variaciones de los microrrobots de Regis III, descubiertos por Lem a raíz de la tragedia del acorazado El Cóndor, conforman una secuencia de aparentes abstracciones generadas por el falso azar que era la clave de su peligrosidad hasta que los científicos aprendieron a hacerles ignorar la presencia humana. Puede decirse que Klönsics ha conseguido aquí reducir un viejo pánico a manchas de Roschard.

Mención especial merecen los retratos de tripulantes de las naves que transportaron al artista. Forzado a utilizar vehículos de todo tipo, esa variedad le ha proporcionado los componentes de un retablo que mezcla, a modo de collage mural de dos caras que ocupa el centro de la gran sala de exposiciones, puentes de mando panorámicos, oscuras cabinas en las que el aire mal depurado fuerza miradas de fatiga, bodegas en penumbra saturadas de humedad por los cultivos hidropónicos, brillantes toberas, pasarelas cristalinas y castigados remolques, delatando, no obstante, en los gestos, las cicatrices y las mutaciones de los astronautas la semejanza impuesta por el medio compartido. El grupo de emigrantes y viajeros de placer posando juntos bajo la cúpula de un Gran Transporte en el momento de evitar una singularidad puede calificarse de fotografía irreplicable, tanto por su valor sociológico como por recoger con todo su vigor la mayor negrura que podemos percibir.

El apartado de los retratos se prolonga con instantáneas de alienígenas muy alejadas de las ortodoxas estampas de estudio distribuidas por la ESA y la NASA. Las de Jan Klönsics nos sorprenden adentrándose en la cotidianeidad curiosamente esteticista de las láminas irisadas de los planetas ultragrávidos, cuya lentitud les impide cumplir su decisión de destruir a todo visitante del espacio; la melancólica nobleza de los seres filamentosos que se autopulverizan a voluntad en Tau-Ceti; la irritante bondad de los arturianos; la crueldad con que explotan los ángeles de Ararat-Épsilon a sus esclavos arañas; la miseria de los bombardeados habitantes globulares de la tierra de nadie de 1RSX J160929.1-210524, o el patetismo de los fomalhautanos, monstruos bulímicos que tras agotar su sistema,

intentaron el salto a Beta Pictoris, cuyos habitantes los rechazaron con rayos de frialdad.

Completan esta, en mi opinión, excelente muestra algunas tomas desde el espacio profundo de la Luna, el Sol, la Tierra, los planetas interiores y sus reliquias orbitales que recuerdan los primeros tiempos de la navegación espacial, cuando la representación en escala de grises no era una renuncia, sino un límite impuesto por la técnica.

Evolución de las puertas

Aunque el planeta no estaba habitado, puso un cuidado casi neurótico en aterrizar sin ruido.

Al salir, se aseguró de que la puerta quedaba bien cerrada.

El aire era limpio y saludable. La vegetación, sencilla. La estrella, de clase G, comenzaba un atardecer sobre un lago. Del horizonte nacían dos lunas.

Se sentó cerca de la orilla, sacó un libro de Kafka y leyó:

Todo hombre lleva dentro una habitación. Se puede comprobar este hecho incluso acústicamente.

En el margen, escribió:

Por suerte, las naves espaciales no tienen llaves que olvidar dentro, como las casas antiguas, para quedarse en la incertidumbre esperando que llegue alguien y nos abra.

Anotación en el parapeto (o Un saludo a Chris Marker)

Arrodillado en la trinchera, al abrigo de una galería, apoyado en un cajón de municiones, en un papel que había contenido sulfamidas, escribió:

Aquel hombre no estaba obsesionado por ninguna imagen. Eso le permitía deslizar la vista por el panorama de la vida sin intentar una y otra vez el regreso a una visión real o ideal o idealizada o realizada, como las de los iconos religiosos, los encuentros sexuales iniciáticos o el momento en que una familia acudió a un aeropuerto.

Aunque recordaba muy bien todos los detalles de su pasado que la razón o la emoción le señalaban como importantes, no se sentía tentado a huir hacia ellos en las situaciones difíciles, a la manera de aquel personaje de Vonnegut, ni encontraba en ninguna de las instantáneas recordadas una acuciante llamada del misterio.

Quizá le hubiera gustado tener entre esos recuerdos la estampa de un embarcadero al amanecer o al atardecer ante una caudalosa corriente fluvial obligada a aquietarse entre dos luces en un paraje boscoso; pero esa situación, en la que parecía esperar una barca que se acercaba acompañada con los movimientos de las ramas de los árboles reflejadas en el agua (demasiado nítidas para ser ciertas), no se había producido nunca, y tampoco otra similar.

Cuando trataba de reflexionar sobre la necesidad de buscarse una imagen recurrente en su vida, la sensación dominante era la de que aún estaba todo por hacer.

Firmó, se ajustó el casco y se propuso sobrevivir a aquella locura.

